

CULTURA Y OCIO

DE LIBROS TEMA DE LA SEMANA

La melodía en los cuentos

DOS POEMARIOS DE NÓRDICA, 'ÉRASE UN VERSO' Y 'TRANSFORMACIONES', NOS INVITAN A INDAGAR EN EL MENSAJE DE LAS HISTORIAS TRADICIONALES

Pilar Vera

¿UÉ nos cuentan los cuentos? Porque hay algo, eso está claro, que no es exactamente lo que se nos narra —partió el héroe, encontró el objeto mágico, conoció a la princesa, venció a su archienemigo, pura semiología—, que no son exactamente las palabras. ¿Cuál es esa canción que va por debajo y que creemos escuchar?

Los cuentos esconden un mensaje en su interior. De hecho, ni siquiera es sólo uno: cuidado con las apariencias, el amor de una madre trasciende la muerte, tu propia madre puede querer destruirte; pagarás el daño a los animales; una bruja no es más que una princesa sin príncipe; no hay fuerza como la de dos niños que han sobrevivido a la noche; la desesperación es la vencedora de cualquier historia; cuídate de la bestia del castillo, fiáte de la bestia del castillo; a quién se le ocurre adentrarse en el bosque llevando tan sólo una cesta, niña. Cuanto más dulce la lengua, más fiero el diente.

Los cuentos susurran, en cualquier caso, como los vapores de la sibila. Precaución, cuidado, nos dicen las amantitas que siembran las ilustraciones, las rojas manzanas, las rojas caperuzas, los zapatos rojos, diabólicos y candentes, la sangre prendida en la llaves,

la sangre en la nieve, las lenguas maledicentes. El peligro acecha.

Nórdica ha decidido este otoño sacar a la luz dos poemarios (ambos en edición bilingüe) que se enhebran en esta canción. Uno de ellos, *Érase un verso* (poemas de hadas revisitados) presenta una compilación a partir de aportaciones de autores tan dispares como Neil Gaiman, Sylvia Plath, Leonard Cohen o Anne Sexton. Cada uno de ellos, acompañado de las ilustraciones de otros tantos dibujantes, que también han tocado en algún momento el género (Ana Juan, Sara Morante, Elena Ferrándiz...).

Como bien apunta en la introducción del volumen su traductor, Lawrence Schimel, los cuentos tradicionales son para muchos autores un “terreno muy fértil” a explorar, ya que “contienen arquetipos poderosos, de nuestras infancias, aunque perduren

con nosotros toda la vida”. La insidiosa melodía: *Fíjate, tu mano tiembla. No es parálisis ni embriaguez, es tu doppelgänger intentando salir. Cuidado... cuidado...*, nos canta el *Rumpelstinkin* de Anne Sexton.

Sexton es, precisamente, la autora del otro título de la misma línea que ha publicado la editorial, recuperando *Transformaciones*, uno de sus poemarios referenciales. Editado por primera vez en 1971, Sexton visita aquí 16 de los cuentos de hadas tradicionales de los hermanos Grimm —muchos de ellos, entendemos, con el tema de las metamorfosis y su fascinación como componente—, de los que procura no tanto realizar una nueva lectura —que llega a través del lenguaje y de las referencias—, sino sumergirnos en sus códigos. La medida se la dan, además, las ilustraciones de Sandra Rilova, otorgando protagonismo al blanco, rojo y negro esenciales: los primeros colores, asociados con el nacimiento, la fertilidad y la muerte; los tres grandes estadios de la existencia, las tres grandes competencias de las divinidades femeninas.

Transformaciones (trad. María Ramos) antecedió en unos años a *La cámara sangrienta* de Angela Carter, con quien comparte aire: tanto Sexton como Carter desnudan las historias hasta dejarnos frente a la canción primitiva, eso que creíamos escuchar pero no sabíamos, pero no estábamos seguros de saber. Sexton lo hace retomando el relato en sus coordenadas e incorporando su aportación, el añadido de los tiempos: así, en la *Bella Durmiente*, terminan conjugándose *novocaina e incesto*; *Blancanieves permaneció en palacio* —nos dice, por ejemplo—, *abriendo y cerrando sus ojos azul esmalte*, la mística de la feminidad, la muñeca silente, el destino perfecto; mientras que *Las doce princesas bailarinas* fueron “arrancadas de su noche como un bebé de su chupete / (...) Como él era viejo, eligió a la más mayor / En la boda, las princesas evitaron su mirada y se doblaron como sudaderas desgastadas / Ahora las fugitivas no volverán a correr y sus cabellos/no volverán a enredarse entre diamantes”.

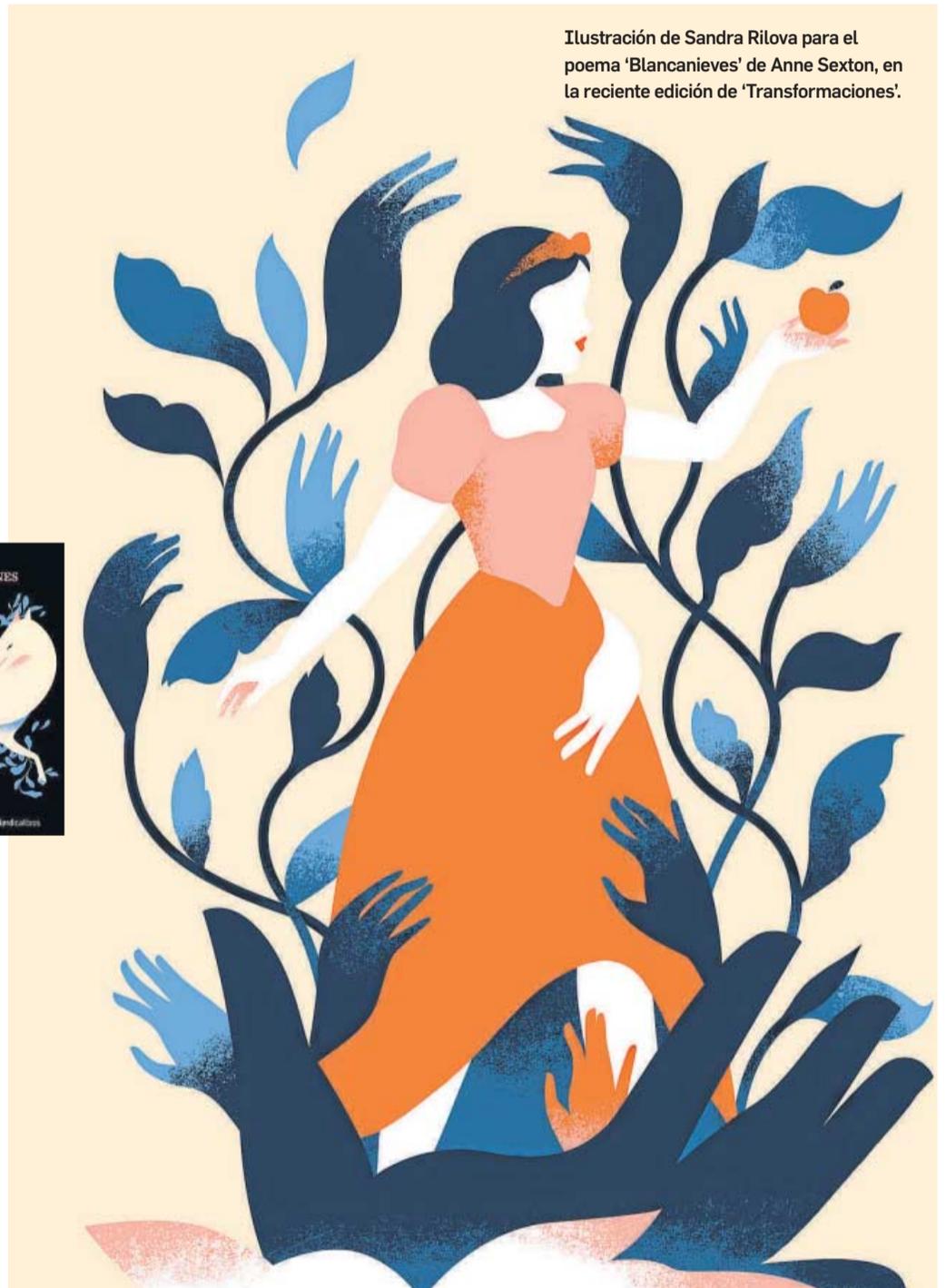
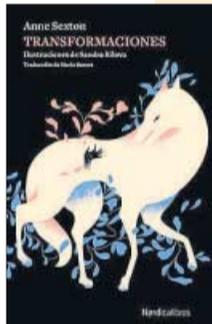


Ilustración de Sandra Rilova para el poema 'Blancanieves' de Anne Sexton, en la reciente edición de 'Transformaciones'.



LA NATURALEZA COMO VALOR

El lobo que dejó de ser bestia



La Bestia. El lobo. El hombre (nos advierten los cuentos) era aquello a lo que temer. En un previsible giro de los acontecimientos, La Bestia se convirtió en aquello a lo que domar (no otro era el mensaje de Leprince de Beaumont en su famosa fábula): casaos sin rechistar, ya os parezca vuestro marido un monstruo, sea viejo o intratable. Mientras sea rico, nada importa. Mutar al lobo-bestia en unívoco icono de redención es resbaladizo (qué más quiere un depredador que a una víctima en blanco, sin siquiera una advertencia). Pero también es cierto que las referencias, claro, han cambiado. De ser sinónimo de

peligro, la misma naturaleza ha pasado a ser referente de lo valioso y vulnerable. Y así, también, sus criaturas. *El bosque del lobo* (Errata Naturae) de Nora Brech (Oslo, 1988), nos lleva a través de su historia e ilustraciones a un escenario eminentemente escandinavo, con una niña y un abuelo que viven en una cabaña color mostaza, con chimenea de leña. El lobo, como símbolo, sigue teniendo una sombra mortífera (porque donde hubo fuego, cenizas quedan) pero su papel en nuestro mundo ha cambiado por completo: es lo salvaje que ha de seguir siendo, también, para que nosotros mismos sigamos siendo. Quizá debamos ir buscando otro símil para bestia: no nos andará lejos.